

social. Además, el escritor suele presentarse como “un aventurero”, un ser que vive experiencias extraordinarias. Sin embargo, lo que marca la diferencia entre él y los otros escritores es conocer el campo y a las gentes que lo trabajan. La enfermedad le distingue también de los demás. Que sea el pueblo la fuente de sus historias le coloca en otro lugar, pero no hace augurar futuras novelas interesantes. Tampoco es fácil vivir entre los otros, los que tienen una vida normal, los supuestamente sanos, a pesar de que en cualquier momento padecerán una enfermedad grave que les llevará a la muerte, aunque los demás no la perciban por no ser visible. La “espondilitis” se lleva puesta, no es posible dejar de exhibirla. Hay enfermedades que pueden permanecer ocultas y estéticamente no hieren igual que la incapacidad física que se anuncia por sí misma.

En 1965, ganar el Premio Planeta con “Equipaje de amor para la tierra” le convierte en un escritor conocido, solicitado en los medios de comunicación, lo que le permite colaborar en la prensa y la radio. En 1966, interviene en el Congreso de Minusválidos de Estrasburgo. En la medida que su actividad aumenta, saliendo de casa a diario, se acrecienta también su rebeldía ante los impedimentos de una sociedad poco habituada a verles, a convivir con los discapacitados. La presencia del minusválido resulta dolorosa, antiestética. El rechazo es constante. Y también la negativa a concederles un puesto, al no creer en las otras capacidades que pueden desarrollar. Hay muchas anécdotas que podría contar ahora acerca de las actitudes que generaba un minusválido en los sesenta, la extrañeza que producía en los demás verle conducir un coche, la piedad que despertaba en los más sensibles y la aprensión que suscitó en los miedosos. ¿Quién no teme a la enfermedad?

Es un breve repaso a ese tiempo, una actitud que pertenece al pasado. Afortunadamente, hoy aceptamos mejor “lo otro”, no nos sorprenden las conductas diferentes, aunque no las entendamos, ni nos alarma el aspecto físico de los más desfavorecidos, a pesar del culto que hoy se rinde a la belleza. Pero también he de reconocer yo ahora que despertó admiración el joven treintañero con muletas, recién salido de una enfermedad, dispuesto a remontar cualquier obstáculo, dispuesto a saltar las barreras que se lo impedían. Y ni siquiera en los peores momentos, en las horas más bajas, cuando uno se compadece de sí mismo por no ser comprendido, ni siquiera cuando la crítica superó a la alabanza, faltaron los amigos. Como bien decía Cela “se debe más a los enemigos” que a los amigos, porque aquéllos hacen que nazcan éstos. La rebeldía y el dolor se detectan en sus novelas, sin que suponga un inconveniente para que los lectores le acepten. Entienden su situación. Algún crítico encontró en el personaje de María